

acometer una empresa porque su éxito *útil* sea incierto ó porque le falten medios para subsistir durante ella. Tiene confianza en sí mismo y no le asustan el pan duro y el agua clara.

Nuestra juventud actual es muy de otro modo. Previsora con el exceso del egoismo, renunciará á lo máspreciado de la vida si para llegar á ello tiene que pasar por estrecheces económicas. Entre un gran bien futuro, que no se conquista sinó tras penalidades y miserias, y un bien pequeño inmediato, preferirá este último, aunque le condene á perpétua vulgaridad. Teme más á una casa de huéspedes barata y á una buhardilla sin estufa y luz eléctrica, que á la falta de ideal para toda la vida. Y en esto es inferior á la bohemia de sus abuelos, que llevaba en sí el germen de las grandes abnegaciones y de las grandes victorias. Nuestro positivismo actual nos ha curado de muchas cosas perjudiciales, pero también nos ha recortado las alas. Por andar sobre seguro, nos hemos condenado, las más de las veces, á un horizonte estrechísimo. La biografía de la mayor parte de los grandes hombres sentencia en contrario, pero no importa.—Nuestra juventud,—hablo de la europea y de la masa, sin contar las excepciones,—renunciará al bollo por no sufrir el coscorrón.

La juventud yanqui ya es de otro modo; en ella se juntan el positivismo hasta la brutalidad del *arrivismo*, con ese desprecio de las penalidades y de las estrecheces de la vida en plena lucha.

* * *

La bohemia práctica (la imaginativa es muy frecuente), ya rara de ver en nuestra juventud burguesa, incluso la intelectual, subsiste donde menos pudiera pensarse: en el pueblo. Y en él la he hallado con extraordinaria frecuencia. De un caso de estos quiero hablar

hoy á mis lectores, seguro de que ha de entretenerles la biografía de mi *bohemio*.

Cuando yo le conocí, trabajaba en las obras del dique, de que os he hablado otras veces. Como carpintero de ribera, es inteligente y, puesto á la obra, laborioso, sufrido, ganando á pulso el jornal, nada escaso. Pero á lo mejor, desaparecía del taller, y durante unos días era imposible contar con sus servicios. ¿Se emborrachaba, quizá? Para cumplir con la exactitud histórica, tendré que decir que sí se emborrachaba, de vez en cuando; pero no es ésta la pasión que le apartaba de la carpintería, sinó otra menos censurable y de naturaleza más ideal, y aún poética.

Mi bohemio—llamémosle Narciso, aunque el nombre resulte un sarcasmo,—es fundamentalmente un temperamento de pescador. Para él, la pesca constituye la ocupación más alta, noble, recomendable y atractiva de todas las que pueden absorber la actividad de los hombres. Me diréis que, si piensa así, porqué no se alista en un copo y, dejando de una vez las herramientas, empuña definitivamente el remo y las cuerdas de la *traíña*. Pero si eso hiciera, Narciso dejaría de ser un bohemio; tendría ocupación regular, reglamentada, y eso es precisamente lo que pugna con su naturaleza.

Para que el placer de la pesca sea, á su juicio verdadero placer, tiene que ir acompañado de la libertad individual más absoluta. Con sus cañas, su esguilero, sus palangres, sus caceas, sus ganchos para el pulpo y el centollo, Narciso es rey de su persona y *hace* las mareas cómo y en donde mejor le place. No desdeña á veces la cooperación, pero ha de ser pasajera: hoy con uno, mañana con otro compañero, sin compromiso ulterior. Ni que decir tiene que, los más de los días, la pesca no produce ni la mitad del jornal de carpintero; pero la merma del producto está bien compensada por la satisfacción que procura el modo de obtenerlo. T

bién hay que decir que las expediciones de Narciso tienen á veces serios peligros. Mas de una tarde le ha sorprendido en pleno mar la galerna y, cerrada la barra, se ha visto precisado á arribar—y con qué fatigas!—á otro puerto, no siempre próximo. Pero esto constituye otro placer; el placer de lo imprevisto, que él prolonga á menudo quedándose por allá semanas enteras.

Sucedió al fin lo que tenía que suceder. El director de las obras se cansó de aquellas intermitencias y plantó á Narciso en la calle. Otro se hubiera aterrado ó, por lo menos, hubiese puesto el grito en el cielo. Narciso no. Aquel día estaba algo *alegre* y no pudo reflexionar acerca de lo ocurrido; pero al día siguiente se presentó al director rogándole que lo admitiese de nuevo.

—No puede ser—contestó el otro.—Ya sabe usted que nuestros trabajos son, casi siempre de mucha urgencia, y con usted no se puede contar nunca como seguro.

—Sí, señor, sí—replicó Narciso.—Estamos conformes. Pero ello podría tener remedio, si usted quiere...

—Quien tiene que querer es usted—interrumpió el director.

—Dispense, don José, no soy yo,—insistió imperturbable el bohemio.—Por mi todo puede arreglarse.

—Veamos cómo.

—Muy sencillo. Yo vuelvo al trabajo. Estoy en él cumpliendo como es debido. Trabajaré, si usted quiere, los domingos y días de fiesta; y en cambio, los días de mareas fuertes, usted me dejará ir á pescar.

El director se echó á reír.

—¡Pero si esos días son los de más trabajo para nosotros!—dijo así que pudo hablar.

—Bueno; pues entonces no hay nada de lo dicho; no puedo volver á la carpintería—declaró el bohemio como si fuese él quien rompiese con el director.

Y de hecho, así era.

Y ahí lo tenéis convertido en un miserable, á merced del azar que la pesca lleva consigo, pero gozoso, alegre, lo mismo cuando ayuna—cosa nada rara—que cuando come alguna bazofia en el figón ó se adereza él mismo los peces que no ha podido vender. A veces, algún incauto ó algún compasivo le llama para que le trabaje de carpintero. Si el día no es propio para pesca, va; si no, prefiere satisfacer su pasión y trabaja á su gusto, libremente, poéticamente, desde los acantilados de la costa ó sobre la alterada superficie del Cantábrico.

Y por si todo esto os pareciese poco, os diré que Narciso es casado y tiene familia que goza de cierto bienestar; pero vivir con ella significa regularizar la vida, darle un ritmo monótono, tener previsto el día de mañana, que transcurrirá como el de hoy. Y eso no puede satisfacer al bohemio. Hace años que abandonó la casa conyugal y el arrimo de sus hermanos, y se vino aquí, donde lo he conocido.

Os parece mal, ¿verdad? A mí también, vistas las cosas desde cierto punto. Pero... Narciso es un poeta. El no lo comprende; es incapaz de sentir todo lo que hay de bello en el fondo de su conducta. Yo sí lo comprendo; y por comprenderlo, perdono y admiro.

V

PAISAJES FRANCESES

Amanecía cuando llegamos á Tarascón.

Hubo que cambiar de tren y que esperar una media hora larga, parados en la vía. A nuestros pies, la ciudad silenciosa, iluminada débilmente por una luz soño-

lenta y grisácea, producía una sensación de reposo, de tranquilidad: esa sensación engañadora, aparente, de nuestros pueblos provincianos, sobre todo de los que conservan el sello de la vida pasada, retraída, monótona, de una tristeza plácida y atractiva.

Desde mi vagón veía la tapia de un convento, tras de la cual asomaba el verdor de algunos árboles. En el fondo, el lienzo de pared del edificio, con galerías de arcos y ventanucas estrechas, celosamente enrejadas, me recordó otro convento antiguo, clásico, que á pocos kilómetros de Madrid, en Griñón, evoca la imagen de la España del siglo XVI.

El silencio era casi absoluto. La luz crecía muy lentamente, á través del nublado y, en ciertos momentos, parecía retroceder hacia la noche. Por las calles que desde la altura del tren dominábamos, apenas si se veía cruzar algún que otro obrero madrugador, cuyos pasos no hacían ruido. A veces, mirándolos, creí verles cubiertos del paño gris de nuestra Castilla, con el azadón al hombro, camino de los bancales sedientos, y necesitaba levantar los ojos hacia las afueras, donde la espesa arboleda verdeaba para deshacer la ilusión. Transcurrían los minutos sin que cambiase la escena, y cada vez me atraía más el convento, con su tranquilidad sedante, sus sombras misteriosas, su promesa ilusoria de paz y reccgimiento.

De pronto, en la espadaña, empezó á sonar una esquila de voz débil y ritmo pausado. Sus notas estremecieron el aire y animaron las cosas todas. El tren pareció moverse. El encanto iba á desaparecer... Mas, de pronto, calló. Y el silencio vino nuevamente, inmobilizando el paisaje, prolongando el reposo de la noche que disputaba al día su derecho. Cerré los ojos y me dejé arrastrar por aquella impresión de ensueño... Aquel no era el Tarascón de Tartarin.

* * *

Nos acercábamos á Marsella; mas yo hubiera jurado que íbamos camino de Alicante.

El color del suelo, sus altibajos, la vegetación, todo me recordaba las cercanías calizas, sequeronas, abarrancadas, de mi tierra; y para mayor engaño, á la derecha brillaba el mar y entraba por él un largo promontorio, como el de Santapola.

La ciudad borró, por unos minutos el recuerdo de la patria. Aquella estación inmensa, rumorosa, llena de trenes y rebosante de viajeros, era ya la Francia rica, trabajadora; la vida moderna febril, en que el hombre triunfa. Seguimos adelante por aquellos campos ribereños, y nuevamente la Naturaleza me puso ante los ojos el espejismo de la patria. Bosquecillos de limoneros y naranjos, palmeras airosas, verdor intenso, campos de flores, hacían pensar en Valencia y en Murcia; pero lo humano estaba otra vez allí, para diferenciar los lugares. Cannes, Niza, la *Corniche* entera, sembrada profusamente de villas lujosas, hablaban de gentes ricas, de pueblos que comen bien, que gozan de la vida, que se divierten. Pero aquel lujo, aquella ociosidad me hicieron daño. Pensé en la frase de la adolescente de *Fort comme la mort*, que quería prohibir la entrada de los coches de punto en los paseos donde brillan los grandes trenes de la burguesía parisién. Allí, también, los coches de punto hubieran hecho triste figura. Todo parecía levantarse contra lo modesto, contra lo pobre, contra los afanes de la vida que apenas si bastan para sostenerla.

Comprendí el sentimiento de vergüenza que los desheredados sienten al tener que codearse con los ricos fastuosos; pensé en los gritos de ira de los que se mueren de hambre; pero, sobre todo, pensé que quizá algún día el progreso social, la semilla fecundante del

trabajo, podrán hacer accesible á la humanidad entera aquellos goces que ahora, por excepción, son patrimonio de pocos. El ideal no puede ser destruir aquello, sinó darlo á todos los hombres en la hora santa del descanso, del placer de vivir sintiendo la poesía de la vida y de las cosas.

*
* *

Atardecía. El tren iba veloz por los campos verdes, sonrientes, cerca del río que saltaba espumoso en busca del Garona.

Hablábamos de España. Merimée—que ha pasado todo el invierno en Madrid—me cuenta sus impresiones. Es un espíritu sagaz. Ha calado bien á nuestros ateneístas. Juzga con gran lucidez á nuestros literatos; y la admiración que siente por algunos, no le ofusca hasta desconocer y perdonar los plagios de escritores franceses que, *aliquando*, dan como cosa propia, y que aquí parecen á los lectores vulgares un prodigio de originalidad y de penetración de las literaturas extranjeras.

En no sé qué estación, suben al departamento dos aldeanos. Uno de ellos tiene aspecto de chalán. Hablan un idioma que no es el francés, y que á mi me hace la impresión de algo familiar y corriente. Creo estar en mi costa levantina, escuchando á mis labradores.

La ilusión es completa.

—Hablan el *patois*—me dice Merimée.

Yo me acuerdo de Pedro II de Aragón, de los albigenes, de Simón de Monfort.

A la derecha de la vía, el terreno sube en montecillos cada vez más elevados y cubiertos de verdor. De pronto resplandece un edificio blanco, colocado al parecer, sobre un puente de acentuada curva. Más abajo, en la media luz del crepúsculo, brilla como una hogue-

ra, formada por muchas lenguas de oro: el templo de Lourdes y la cueva de Bernardette.

La estación inmensa, silenciosa, no parece la misma estación de las peregrinaciones, que Zola ha descrito con tanta fuerza.

Seguimos andando. Siempre á la derecha, en el fondo, el telón nevado de los Pirineos, que á veces borra la niebla, se va desenvolviendo inoponente, con una majestad que hace enmudecer en extática admiración, poblada de ensueños. Detrás de aquellos montes está la patria. Y mil encontradas ideas, esperanzadas unas, amargas otras, contribuyen á acentuar la melancolía de aquel anochecer brumoso, que acaba por resolverse en lluvia.

VI

COSAS DE ITALIA



Las bandadas de turistas que, cuando llega la primavera, salen de la *Corniche* para derramarse por Italia, é igualmente las que entran por Suiza en el Piemonte, ó, por el Tyrol y el Trentino, invaden el territorio de la antigua república veneciana. Baedeker en mano, buscan sobre todo el «país del arte», y concentran su curiosidad en el interminable desfile de monu-

mentos, museos y galerías, que acaban por ver automáticamente, sin que el cerebro cansado pueda sentir frente á cada obra maestra la impresión honda, original, evocadora de ideas y creadora de recuerdos impercederos.

De la Italia moderna no se percatan casi nunca. La encuentran prosáica, falta de interés. Carece de la patina del tiempo y de la sanción de la crítica arqueológica, que presta juicios y moldea previamente la admiración de los visitantes. Y sin embargo, la Italia moderna tiene mucho que admirar y ofrece á cada paso motivos de reflexión para los que se preocupan por la vida presente y por el porvenir de los pueblos.

La misma contemplación de lo antiguo suele ser en la mayoría de los viajeros, deficiente, como encajada en un molde limitado y parcial, que la rutina incrusta en el cerebro. Por lo común, aun en el que tiene conciencia del valor de las obras de arte, queda absorbida la atención por la singularidad de ellas; y el efecto útil de un viaje por Italia para el que no es especialista y no vá derechamente á estudiar un determinado asunto, se traduce en una serie desgranada de impresiones estéticas, referidas á los prodigios de Buonarrotti, de Juan de Bolonia, de los prerafaelistas, de Bernini, de las ruinas clásicas que llenan el suelo de Roma, de Pompeya, de Norba y Ninfa... Pero lo que por bajo de esto late, queda inadvertido para los más.

Fuera de algún que otro monumento maravillosamente conservado en su integridad ó en su mayor parte, el efecto que me producen las excavaciones del Foro romano, incluso la mole grandiosa del Coliseo, no es propiamente artístico, sinó histórico. Desde las alturas inmediatas al Campidoglio, que dominan aquella extensión inmensa de restos, muchas veces informes, la imaginación reconstruye, influida por la voz de las cosas, la vida de un pueblo que fué grande y cuya hue-

lla quedará indeleble en la historia de la Humanidad. El detalle desaparece. No se piensa en los estilos arquitectónicos; en la finura y gracia de los relieves; en la perfección ó decadencia de la estatuaria, sinó en la fuerza creadora de aquellos romanos, en la exuberancia de energías allí representadas, en el empuje asombroso de aquel espíritu gigantesco. Comprendéis entonces por qué Roma fué conquistadora y ató á su carro triunfal todo el mundo antiguo. Hasta que he visto el Foro, no he comprendido bien esto, que la historia literaria no explica más que superficialmente.

Lo mismo sucede cuando se recorren las salas internacionales del Capitolio, repletas de inscripciones y esculturas. El amontonamiento en los Museos, es poco propicio para la pura contemplación estética. En cambio, sirve para dar la impresión de vida de un pueblo que ya no vive. En las colecciones de Nápoles y de Pompeya hay maravillas de arte, tantas, que á poco de entrar ya os marean; pero no importa que se embote vuestro sentido de apreciarlas una por una. Si las habeis mirado con un poco de poesía, con alguna elevación de sentido, ellas os darán, mejor que los relatos de batallas y conquistas, la idea del pueblo que las creó, la visión real de una civilización llevada hasta los últimos refinamientos.

Y si después de haber recorrido el Vaticano y las mil iglesias de Roma, de Florencia, de Pisa, de Bolonia, de Siena, de Venecia, de cien ciudades, con sus museos, sus plazas, sus hospitales, sus palacios, sus *loggias*, no os queda de todo ello más que el recuerdo fragmentario del Moisés, la Noche, el Pensativo, el Juicio final, las pinturas de Rafael, los cuadros tales y cuales de sus gloriosos predecesores, los frescos del Francia, las esculturas de los Bolonia, el policromado y los artesones de las catedrales, de los baptisterios y de las torres, los sepulcros de los maestros y capitanes

boloñeses...; si no habéis sacado de aquella profusión inacabable de obras, de aquella suntuosidad repetida hasta en las villas más modestas, de aquel lujo deslumbrador, la idea de una Italia rica, potente, rebo-sando de vida creadora, cuya florecencia más ideal fué el arte, bién podeis decir que vuestro viaje ha sido inútil; porque la contemplación aislada de una y otra obra maestras consagradas por la tradición y por el gusto de las generaciones sucesivas, lo mismo puede hacerse á muchas leguas del sitio donde se produjeron y para el que fueron producidas, desligándolas de su medio propio, y sin que os hablen más que del genio individual que las trabajó, muy grande, sin duda, pero, por mucho que lo sea, menos grande que la colectividad que lo explica y le permitió nacer.

Nunca he sentido mejor la dependencia en que los genios, los hombres superiores ó que se elevan algo sobre la masa, están respecto de esa masa misma, como después de haber recibido la serie de impresiones que supone ver, uno tras otro, los lugares en que se desarrolló el grandioso renacimiento italiano. Eso es lo que no puede ofrecer un museo, lo que no dan las mejores reproducciones, las más acabadas fotografías, y así es como hemos de esforzarnos en ver lo pasado. Entonces, cada obra de arte, aun las que parecen poder vivir mejor por sí mismas, adquiere su propia significación, encaja en su lugar adecuado, y al sustraerse á la idolatría especialista, aumenta en grandeza.

Pero no sólo comprendereis de este modo la fuerza de la Italia renaciente. A su luz vereis también nuestra España, y será como si de pronto se desgarrase un velo sutil que cubría y desfiguraba, sin que de ello os diérais cuenta, los siglos de nuestra historia contemporáneos de aquellos esplendores de Florencia y de Roma. Comparando la inacabable teoría de monumentos italianos

con nuestros monumentos religiosos y civiles del XIII, del XIV, del XV, de la época esplendorosa de Isabel I, de los tiempos heroicos de Carlos V, en que hicieron explosión y se agotaron todas nuestras energías nacionales, notáis enseguida la pobreza miserable de nuestro pueblo. Todo lo que aquí, mirado con relación á nuestra historia pasada, parece y es, en efecto, fruto de una rica incubación de fuerzas, progreso enorme realizado prontamente, alarde grandioso de vida, se nos muestra, tomado en conjunto, como expresión de las energías íntimas de una colectividad, y, comparado con lo que Italia produjo en el mismo tiempo, como el «quiero y no puedo» de las gentes de mediana posición, como el esfuerzo máximo de un hombre débil que quiere parangonarse con los fuertes, y haciendo mucho para lo que de sí puede dar, queda á cien leguas del modelo que imita.

En esta comparación luminosa se explica nuestra rápida decadencia, no de ese modo concreto, causa por causa, que solemos pedir en nuestro afán de puntualizar los movimientos de la historia, sino en sus motivos más internos, en aquellos que quizá no hubieran sido capaces de contrarrestar los reyes, aun renunciando al sueño del imperialismo católico.

Tal vez, después de esto, los espíritus inclinados al pesimismo saquen la conclusión del desprecio á su patria, y se sumen á los que desesperan del porvenir, fundados, no en los hechos presentes, sino en el supuesto de carencia de savia interior que haga rebrotar el árbol en cuanto se le cuide con cierto esmero. Mas quien atienda serenamente á las enseñanzas de la historia, no desnaturalizará las conclusiones de la comparación. Sirve ésta para diferenciar á dos pueblos, para reducir las vanidades de la patriotería, para explicarse el diverso destino de dos grupos humanos hasta hoy; pero también hace justicia á lo que, relativamente á su

estado, á sus condiciones en cada momento, hizo cada cual, y á la vez, pone de relieve las cualidades características de uno y otro, cualidades que acaso en el más pobre pueden ser, en esta ó la otra dirección de la vida, superiores á las del rico y potente, ó propicias á desenvolvimientos de otra índole que también tienen su utilidad y su función en la historia.

En nuestra misma relativa pobreza, en nuestra austeridad, en lo grave de muchos de los signos de nuestra vida—que aún en el orden religioso se advierten recordando, ante la catedral de Florencia ó la basilica de San Pedro, las catedrales de Toledo y de León—hay no sé qué de animador que os devuelve la confianza en vuestro pueblo, la creencia de que no en balde pasó por la historia de ayer y de que quizá tiene algo grande que hacer en la historia de mañana.

*
* *

Volvamos al presente.

Confieso que entré en el cementerio de Pisa con un sentimiento de misterioso temor, sugestionado por descripciones de viajeros literatos y pensando en las terribles visiones de los frescos de la muerte. Mi desilusión fué grande. No tiene el cementerio ninguno de los terrores que su nombre evoca. Es melancólico, pero dulce, pacífico, sedante como huerto conventual. Dentro de él pensáis en el reposo; pero en el reposo viviendo, no en el de la muerte; en el silencio del retiro, no en el de las tumbas. Veis un museo más, y el realismo simbolista del juicio final, del llamamiento implacable de la «Intrusa», se templá á pocos pasos por las rientes, bucólicas escenas de la vendimia, que os hablan del ansia de vivir y de gozar.

De pronto advertís en uno de los muros larga sarta de cadenas de hierro, que orlan una inscripción sobre

mármol. Os acordáis de las cadenas de San Miguel de los Reyes. No, tíó son como éstas. Leed. Es la Italia nueva que cierra el ciclo de la Italia medioeval. Aquellas cadenas obstruyeron hace siglos, cuando las repúblicas italianas se miraban unas á otras como enemigas—de igual modo que aquí se miraban y trataban castellanos, aragoneses, navarros y catalanes—la entrada del puerto de Pisa. Cuando Génova triunfó, llevóse como trofeo las cadenas, parte de las cuales regaló á los florentinos. Y ahora, apenas hecha la unidad nacional, Génova y Florencia devuelven á Pisa aquel signo de luchas fratricidas, y consignan el hecho en una inscripción ofreciéndolo como muestra de que los antiguos rencores han desaparecido ante el supremo interés común, que las patrias chicas se borran ante la patria grande, soñada por todos, y de que para Italia comienzan *tiempos nuevos* distantes *toto orbe* de los pasados. Así lo dicen; y en esta emocionante declaración está la clave del progreso de la Italia moderna.

Ya sé que hay muchos incrédulos en punto al patriotismo *italiano*, en punto á la fuerza real del espíritu del *Risorgimiento*. No dudo que en Italia habrá muchos que no lo sientan, como los hay en Alemania, á pesar de Fichte y sus continuadores; pero esto no impide que triunfe, y cuando un sentimiento triunfa y se impone á los tibios, á los que de él no participan y á los que le combaten, es porque tiene una gran fuerza, porque responde á una necesidad general y á un movimiento incontestable de los corazones. Hay que ver el entusiasmo que todas las ciudades sienten por el *Risorgimiento*; hay que visitar los museos á él dedicados; hay que ver por todas partes los retratos y las estatuas de Garibaldi y Víctor Manuel—los «hombres representativos», que diría Emerson,—para medir la intensidad de aquel sentimiento que arrastró á los italianos á realizar el ensueño de tantos patriotas de los siglos medioevales.

Yo he sacado de mi contacto personal con ese espíritu de la Italia moderna, la convicción de que, hoy por hoy, y quizá durante muchos siglos todavía, la única fuerza que puede mover á los pueblos en masa y producir grandes hechos históricos, es la fuerza de lo que llamamos «patriotismo», lleno de errores y de ilusiones, si queréis, lleno también de peligros, pero real y verdadero en la conciencia de las muchedumbres, á quienes otros motivos no conmueven ni impulsan todavía. Y la eficacia actual de esa fuerza es tan irremplazable, que los pueblos que no la sienten germinar y florecer en su alma, son pueblos perdidos, cuya muerte está próxima. *Regnum divisum, desolabitur*. La explicación del triunfo de Prusia en la Alemania moderna, no ha de buscarse en el militarismo de los Hohenzollers, ni en la diplomacia de Bismarck, sino en la representación que ha sabido recoger (y que ha explotado á su modo), del sentimiento común del «alemanismo», que decía Fichte. Eso la sostiene, hasta que se dibuje claramente en la conciencia de los pueblos germanos una forma nueva de realizar el perenne deseo de la unidad de todos los afines.

* * *

En los últimos días del Congreso histórico (1903), se declaró en Roma la huelga general. Cincuenta mil obreros manuales, acudiendo al llamamiento de los tipógrafos, abandonaron los talleres y plantearon el conflicto. Pocas horas después de tomado el acuerdo, 20.000 soldados ocupaban las calles de Roma. Pero esto era preciso saberlo por los periódicos y por las noticias particulares. En los puntos céntricos de la ciudad apenas si se encontraba, de vez en cuando, una insignificante patrulla de caballería, ó un oficial, ceñido el pecho con la banda azul de campaña, asomado á

la puerta de alguno de los grandes palacios de que está sembrada la Ciudad Eterna. El gobierno estaba apercebido, pero no hacía ostentación de fuerza armada, manteniéndola oculta en los patios de los edificios públicos.

El primer día de huelga fué triste. Muchos forasteros habían huido de Roma. Sobre esto corrían noticias evidentemente exageradas. Decíase que uno de los hoteles céntricos se había quedado sin un solo huésped. Las calles estaban mucho menos concurridas que de ordinario; pero la vida normal de la ciudad, en todo lo que no se refería á las industrias afectadas por la huelga, no sufrió perturbación alguna. El Congreso histórico seguía funcionando normalmente, ajeno á las luchas de fuera; y ninguno de los numerosos congresistas, que á las ocho de la mañana dejaban ya sus albergues para concurrir al Colegio Romano, al Círculo jurídico, á la Academia de Santa Cecilia, á la Sociedad geográfica italiana, sufrió la menor molestia, ni tuvo que apresurar lo más mínimo su paso para sustraerse á las algaradas.

No las hubo, en rigor. Autoridades y obreros parecían rivalizar en prudencia. Los pocos choques ocurridos entre la policía y los huelguistas, se terminaron rápidamente, sin efusión de sangre. Y mientras tanto, trabajaban fervorosamente por la solución del conflicto el Gobierno, el Alcalde de Roma, los jefes obreros; penetrados aquéllos de que su deber no se reducía á cruzarse de brazos, reprimir los desmanes y proteger, quizá, á los patronos; creyendo los huelguistas que la fuerza de las reivindicaciones sociales no está en la resistencia bruta y en la negativa á todo arreglo, sino en la discusión de las razones que abonan la lucha.

A los dos días, la huelga había terminado sin un herido. Fué el triunfo de la cordura, de la previsión y del interés generoso por la paz. De hecho, la huelga

estaba mal planteada, era injusta, y los obreros lo comprendieron así muy pronto, sintiendo que les faltaba la fuerza enorme de la razón y la simpatía de la masa neutra. Pero ellos mismos confesaban que gran parte de la gloria en aquella solución sin convulsiones, debíase al tacto, á la prudencia, á la sincera intervención de las autoridades y de algunos hombres de buena, de alta voluntad.

En aquellos mismos días, los periódicos hablaban de la matanza de estudiantes salamanquinos.

* * *

En mangas de camisa ó envueltos en anchas blusas, con la cabeza cubierta por una montera de papel (la imagen de Tuero en la redacción de *El Liberal* me vino



á la memoria enseguida), los trabajadores en mármol, verdaderos artistas muchos de ellos, hacían cantar el cincel y el martillo en los talleres de la vía Margutta. Los pedacitos de mármol saltaban como chispas de nieve y cubrían el piso, las sillas, las blusas grises. Las formas iban dibujándose truncadas, inverosímiles, dejando apenas adivinar lo que serían luego.

Uno de aquellos talleres lo dirigía Bañuls el escultor alicantino cuyo nombre va haciéndose paso entre los notables. Un día me dijo Bañuls:

—¿Quiere usted venir con nosotros á una *carciofalletta*?

Nosotros eran todos los del taller, en democrática reunión. Fui por esto y por la curiosidad de las alcachofas.

Al anoecer, tomamos el camino del barrio judío. Cruzamos calles estrechas, oscuras, sucias. Ya casi en tinieblas, nos asomamos al Tiber. A un lado, adivinábase confusa la gran estatua ecuestre de Garibaldi; al otro, la masa gigantesca de la nueva sinagoga en construcción. Subimos una cuesta y entramos en la primera sala de un bodegón romano, donde gentes del pueblo comían no sé qué y bebían del vinillo ligero, un poco agrio, de los alrededores de la ciudad. Unos pocos escalones y dos salas más, con ventanas hacia el lado del río. Tomamos asiento en una mesa larga, cerca de otra pequeña en que cuatro turistas alemanes, hombres y mujeres, comenzaban á cenar.

Los obreros habían traído jamón, queso y *mortadella*. Estaban allí todos, desde el más artista hasta el que tira del *violin*, un pobre viejo humilde que procuraba ocultar su figurita desmedrada, plenamente convencido de que no merecía estar con nosotros, avergonzado por nuestra benevolencia en admitirle y darle de comer. El que parecía dirigir el cotarro—un jovencito de mirada inteligente, de cara simpática, algo soñador, algo culto, un espíritu con ansias de artista—distribuyó las raciones de lo traído y pidió bacalao y alcachofas, diez ó doce docenas de alcachofas. Enseguida trabó conversación conmigo.

Bañuls les había dicho quien era yo, y notábase en sus caras un poco de sorpresa por verme alternar con ellos y un poco de duda, de embarazo, en cuanto á la

manera de tratarme. A cada momento me preguntaban si me gustaba la comida, ó se excusaban por su modestia y me llenaban el plato, deseosos de compensar con la cantidad lo que ellos creían faltarle á la calidad. Debíó animarles mi buen diente, mi condición de hombre que todo lo come, sin remilgos, porque fueron tranquilizándose poco á poco; pero aún les quedaron, sin duda, recelos en punto á lo espiritual, pues continuaron esforzándose por distraerme, haciéndome preguntas sobre España, refiriéndome costumbres y anécdotas de la vida romana popular.

Quise llevar la conversación del lado de la cuestión obrera, pero no me siguieron. Parecía no interesarles, ó tal vez creyeron que yo sugería el tema por pura cortesía. En cambio, al hablar de arte, los ojos chispearon, las cabezas inclináronse hacia mí y todos hablaron *ex abundantia cordis*, con palabra caldeada por el entusiasmo, muchos de ellos con esa tristeza del que se vé forzado por la dura necesidad á recortar las alas de su vocación, de sus ensueños de gloria.

Bañuls, que es un soñador tremendo, pero tímido, un dulce y melancólico poeta, que sólo en la intimidad deja volar sus ilusiones, pensando en voz alta, en frases cortadas por grandes silencios, lentas, como subrayadas por puntos suspensivos, mezclando el idioma patrio con el dialecto local y las voces italianas, se enardeció también; y su habitual seriedad, su frialdad exterior que le dan aires de hombre del Norte, no de levantino, trocáronse en una locuacidad viva, caliente, atravesada por estremecimientos nerviosos, reveladores de lo inefable. Y de nuevo sentí el contacto misterioso del alma profundamente artista de todo un pueblo, que parece flotar en el ambiente de las calles italianas, desde Génova hasta Sicilia.

La *carciofalatta* interrumpió los ensueños. ¡Cosa rica, aquellas alcachofas de corazón jugoso, suavísimo,

doradas y coruscantes por fuera! Deshacíanse en la boca, como manteca, unas veces; crugían otras como nuestros buñuelos valencianos. ¿Qué clase de fritura es aquella, que á un tiempo mismo ofrece la blandura suave del cocido y la dureza quebradiza de lo tostado? Como no soy *gourmet*, descuidé averiguar el secreto. Después de todo ¿para qué averiguarlo? La *carciofalatta*, en nuestras casas burguesas, perdería la mitad de su encanto. Necesita, como algunos de nuestros guisos regionales, el ambiente de la casa de comidas popular y el aperitivo misterioso de ir á paladearla en el barrio judío, lleno de leyendas y de terroríficas historias, á que la policía romana ha puesto fin no hace mucho.



Cuando ya íbamos á marcharnos, sonó en la sala inmediata música de guitarras y bandurrias. La letra de una canción napolitana—una de esas canciones que dan la vuelta al mundo—llegó hasta nosotros. Bañuls y yo nos miramos. Uno y otro sabíamos de memoria aquella melodía y aquellos versos, cantados cien veces bajo el cielo azul de Alicante, paseando en el muro de la escollera ó remando en la dársena, frente á la Ex-

planada que, de noche, á la luz de los faroles de gas oscilantes bajo las ramas de las palmeras, parece cubierta por un encaje entre verde y rojizo.

Las canciones se sucedieron, unas, nuevas para mí; otras, ya conocidas. Todas ellas me recordaban la patria y parecían hablarme de íntimas y profundas conexiones entre el alma de los dos pueblos que, á través del Mediterráneo, se miran hace siglos y se buscan muy á menudo.



TERCERA PARTE

NUEVOS CUENTOS